

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III

MADRID, 8 DE NOVIEMBRE DE 1908

NÚMERO 45



¿QUÉ ES AMISTAD?

Me preguntan qué cosa es la amistad, y no acertando á definirla, voy á contar el siguiente cuentecillo que oí en *sueños* hace tiempo:

Aquella mañana andaba todo revuelto en el cielo. Los santos viejos, encargados de conservar el orden, estaban mareados, no consiguiendo que los ángeles y arcángeles ocuparan sus puestos, ni mucho menos

que las vírgenes guardaran silencio. Todo era bullicio y alegría en la mansión de los justos. Los angelitos se regocijaban con la próxima llegada de tres compañeros que estaban esperando desde el amanecer, y las vírgenes se preguntaban unas á otras quiénes serían las dos personas que venían con los angelillos y que nadie conocía, lo que excitólas su curiosidad, haciéndolas hablar más de lo debido. ¡Al fin mujeres! A lo lejos se oyó una música dulcísima, y apareció sobre su trono de nubes el Todopoderoso rodeado de su corte, inundando la mansión celestial de un resplandor divino y del suave perfume que exhalaban las violetas de la humildad, las rosas de la caridad y las azucenas de la pureza. Se armó un revuelo indescriptible y todos corrieron á sus puestos. El Padre Eterno sonreía dulcemente para tranquilizar á los angelitos que le miraban temerosos, esperando una reflexión por su poco juicio. En todos los semblantes se reflejaba la felicidad; sólo San Pedro estaba un poco tristón, bien á pesar suyo. La culpa era de aquella legión de cabecitas cubiertas de bucles rubios, negros ó castaños, que, deseosas de echar una ojeada al camino para ver si venían los que con tanto afán esperaban, abusando de que su oído estaba un poco torpe, le habían hecho creer varias veces que llamaban á la puerta, y el pobre estaba rendido de ir y venir.

Al fin se oyó un ruido producido por voces y risas infantiles; los ángeles, con esa viveza propia de los niños, se dieron con el brazo, y cruzaron una mirada que quería decir: «¡ya están aquí!» Y en efecto, aparecieron tres chiquillos como tres soles, que de un salto se echaron á los pies del Señor, no para ser juzgados, sino para asegurarse de que ya estaban en el reino de su Padre, con el cual habían soñado constantemente en su rápida peregrinación por el mundo. El Señor, después de acariciarlos, los envió á unirse con el coro de ángeles. Detrás venían las desconocidas. Eran dos muchachas, casi niñas, María Teresa, preciosa criatura de hermosos ojos garzos y pelo castaño; su mirada serena y unas ligeras arrugas de su entrecejo revelaban la energía de su carácter. Milagro, rubia como los ángeles de Murillo, muy blanca, de ojos tan azules como el firmamento, esbelta y flexible como una palmera, parecía la personificación de la timidez. Avanzaban lentamente, precedidas del ángel de su guarda. La primera, con más decisión, se arrodilló ante la Divina Majestad; la otra, incapaz de dar un paso, se dejó caer ocultando la cara entre sus manos, deslumbrada por tanta grandeza, y si no la hubieran ayudado, la hubiera sido imposible acercarse al trono del Todopoderoso que, con una mirada llena de misericordia, las animaba á contar sus buenas obras.

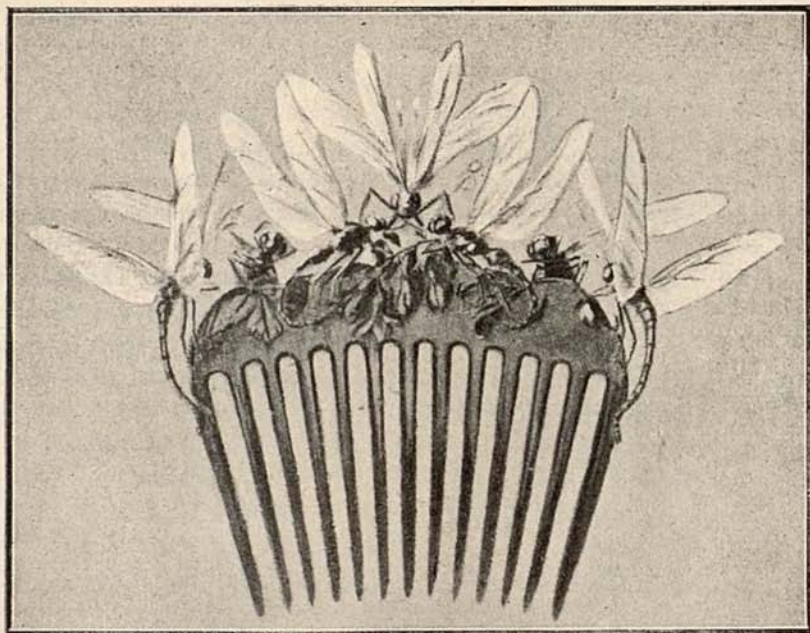
—Señor—dijo María Teresa,—yo he sido caritativa, he procurado, con mi ejemplo y mi palabra, enseñar al prójimo las prácticas de nuestra santa religión é intundir en los corazones el amor al trabajo, he cumplido con mis deberes dominando la pereza y...

—Sí—la interrumpió el Señor.—Sé que has sido buena y que el mundo te ha recompensado con su admiración, lo que ha hecho que en un rinconcito de tu corazón se introduzca un átomo de vanidad.

La verdad de la Divina Justicia iluminó su razón y por vez primera vió que el pecado que nace de la lisonja y de los elogios inmoderados había encontrado albergue en su alma, manchando la blancura inmaculada de la virtud. Inclino la cabeza y dejó correr por sus mejillas lágrimas de sincero arrepentimiento.

Concluirá.





LA CONCHA

La concha es una substancia de apariencia córnea que cubre el caparazón de la tortuga marina, llamada carey. Esta tortuga se encuentra en los mares que bañan las costas de América y en el Océano Indico, y su tamaño no suele ser superior á medio metro.

La concha, exteriormente, tiene una gran semejanza con el cuerno; pero su estructura no es como la de éste, fibrosa ó en hojas, sino que está formada de una materia homogénea que se puede cortar y pulir en todas direcciones. Para extraer la concha basta poner ante un hogar muy fuerte el lado externo del caparazón y, en seguida, las placas ó escamas de concha se empiezan á separar de él, acabando por desprenderse.

Hay varias clases de concha. La más apreciada es la que proviene de los mares de la China, y principalmente, de las costas de Manila. Se distingue en que su espesor es grande, en que su solidez es mucha, en que es poco flexible y en que su color negro está manchado de amarillo claro que alguna vez llega á ser rojizo. Mirándola al trasluz, tiene un color rojo de vino. Se da el nombre de concha jaspeada á la que tiene un color obscuro con tonos rojos.

La concha que se obtiene en las islas de la Reunión no es de tan buena calidad como la que se acaba de describir. Su color es el del vino y tiene tonos amarillentos; es menos transparente, más espesa y más dura.

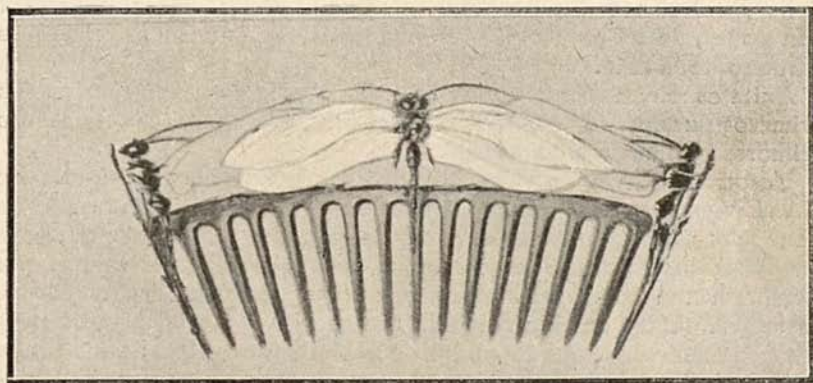
Otra clase de concha es la que viene de Bombay, y sus láminas son

más pequeñas, más delgadas y de un color semejante al de la tierra. Estas láminas suelen tener el inconveniente de que se separan ó dividen en hojas ó capas. También América nos envía una clase de concha de láminas mayores y más compactas que las de las otras clases; son fuertes, verdosas por fuera, negruzcas por dentro, rojizas al mirarlas al trasluz y con el jaspeado muy grande.

La superficie de la concha en bruto es irregular, tiene entrantes y salientes, pero estas desigualdades se corrigen fácilmente porque se ablanda de tal modo con el calor, que se convierte en una masa flexible y dúctil de la que puede hacerse cuanto se quiera, y moldearla como si fuera cera. Con el calor también se unen las láminas que, unas encima de otras, se superponen y se juntan los bordes que se desea unir para componer con varias piezas una sola.

El procedimiento más usual para estas operaciones consiste en meter las láminas de concha en bruto, durante algunos minutos, en un baño de agua muy caliente; se colocan luego en una prensa de metal ó de madera, en donde se dejan enfriar, saliendo de allí planas y lisas y muy propias para adaptarse á todas las manifestaciones que con ellas se quiera hacer, sobre todo después de haberlas dado el grueso conveniente, mediante un cepillo de carpintero.

De estas láminas se sacan los objetos que se desea, tales como peines, armaduras para anteojos y lentes, tapas para cajas, cepillos, agujas para la cabeza, etc., etc., y si no tienen el tamaño suficiente y necesario para el uso á que se las quiere destinar, se unen dos ó más



láminas entre sí, juntando sus bordes, que habrán sido cuidadosamente cortados en bisel, comprimiéndolas en la prensa y metiéndolo todo ello en agua hirviendo. Si las láminas son demasiado delgadas para la obra que se quiere hacer, se superponen unas á otras por el mismo procedimiento del agua caliente.

Ha habido épocas en que la concha se ha empleado mucho para el adorno de muebles, uniéndola á la plata, al marfil y al ébano.

JUAN ANTON.



ANITA, LA GOLOSA

Tengo el gusto de presentar á los lectorcitos de **GENTE MENUDA** á Anita, que es una niña preciosa. ¿Veis sus tirabuzones? Son negros, negrísimos. ¿Veis su carita picarilla y risueña? Pues es blanca como la leche y coloradita como la fresa. ¿Veis sus ojazos dulces y alegres? Son azules, de un purísimo color azul que da entonaciones celestiales al rostro de la niña.

Anita es muy aplicada y muy lista. En el colegio ocupa siempre los primeros puestos; se lleva todos los premios, y sus labores son las más primorosas, limpias y cuidadas.

Vosotros creeréis, en vista de todo esto, que la nueva amiguita de **GENTE MENUDA** es una criatura sin defectos. Estáis equivocados. Anita tiene uno y bien grande: es atrozmente golosa y, ¡naturalmente!, para satisfacer sus instintos de goluzmera, hace muchísimas diabluras que siempre han merecido reprimendas y castigos de sus papás que querían corregirla de un defecto tan feo. No querían pegarla, porque pensaban, y con razón, que los niños no deben llevar golpes; Dios les ha dado la inteligencia precisamente para que hagan caso de reflexiones y consejos y se modifiquen sólo con ciertos castigos. Parece natural que los burros necesiten palos, pero no las personas.

Pero es el caso que la mamá de Anita, al ver que cada vez iba en aumento el defecto de la niña, pensaba con gran tristeza en que llegaría el día en que la impulsase á cometer alguna acción que demostrase malos instintos, y entonces ella no tendría más remedio que tratar á su hijita como si fuera un animalito, y darla una buena paliza.

Los temores de la buena señora no tardaron en ser una realidad!

Un día dejó allá, en un pabelloncito que había en el fondo del jardín, un gran tarro de dulce.

Anita lo miraba desde la puerta; se le iban los ojos hacia el tarro, pero pensaba que como el día anterior había llovido mucho y la arena del jardín estaba hecha barro, si ella atravesaba se quedarían marcadas las huellas de sus piecitos y su mamá lo conocería y la castigaría.

El instinto del mal era sin embargo más poderoso que el miedo, y Anita pensaba sin cesar en el modo de atravesar el jardín y comerse el dulce sin que se quedasen señalados sus pasos.

De pronto tuvo una idea luminosa. Su perro *León*, el hermoso terranova, la podía prestar un gran servicio; no se negaría, porque era muy bueno y la quería muchísimo. ¡Como que una vez se arrojó al mar y la sacó cuando se la llevaba una ola!

Pensado y hecho.

Cogió Anita una cuchara, montó sobre *León* y llegó con toda felicidad al tarro, que dejó vacío en menos de diez minutos, volviendo en seguida *caballera* en su hermoso can, y riendo al comprender que él se llevaría la culpa, puesto que la mamá vería en el barro las patas de *León*.

Con efecto, llegó la buena señora, advirtió el tarro vacío, vió claras y evidentes las patas del perro señaladas en el lodo, y... cogió á Anita y la dió una de esas soberanas tundas que hacen época en la historia de la infancia.

La niña no podía comprender aquello. ¿Cómo tan bien planeadas y hechas las cosas habían tenido un resultado tan funesto?

La mamá aclaró sus dudas al día siguiente.

La Providencia hace que haya siempre, en todos los delitos, un pequeño detalle, un insignificante olvido, por el cual se llega al conocimiento de la verdad.

Son los caminitos invisibles que marca el Ser Supremo para que los malos tengan su castigo.

Anita dejó olvidada la cuchara junto al tarro vacío del dulce, y su madre pensó inmediatamente en lo extraño que resultaba el que un perro hubiese comido con tanta pulcritud, usando cuchara y todo. No era, pues, muy difícil adivinar lo que había pasado, y al convencerse de que su hijita, á la que tanto adoraba, no sólo continuaba siendo golosa, sino que para conseguir sus deseos no vacilaba en descargar la falta que ella cometía sobre un pobre animalito inofensivo, al cual debía la vida; al ver la ingratitud que esto suponía, la falta de sentido recto de la propia conciencia, que hacía que el deseo de comer golosinas se convirtiera en un verdadero delito, comprendió que merecía algo más que una reprimenda.

Dios quiera que estas reflexiones, unidas á la oportuna paliza, den como fruto la corrección total de Anita.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



EL KREMLIN EN MOSCOU

Moscou, capital que fué de todo el Imperio ruso hasta el siglo pasado, lo es hoy del gran gobierno del mismo nombre regado por el río Moscova, y con una población de 2.450.000 habitantes. La ciudad tiene 770.000. La ciudadela de Moscou llamada el Kremlin, se eleva sobre un cerro en el centro de la ciudad y está rodeada de altas murallas. El edificio que más sobresale

en el Kremlin es el palacio imperial, que si en su aspecto exterior tiene algo de incongruente, en su interior es uno de los palacios más bellos del mundo. Contiene 700 habitaciones. El conjunto del Kremlin es sumamente vistoso por el contraste que forman con las fortificaciones, de sombrío aspecto, los palacios é iglesias, decorados con vivos y alegres colores.



EL QUE NO TE CONOZCA QUE TE COMPRE

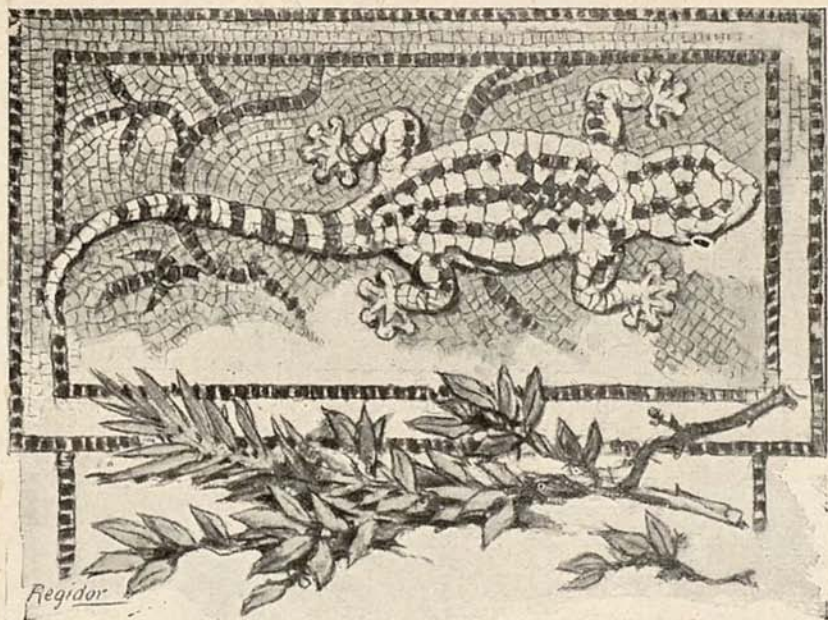
CUENTO VIEJO

Regresaba de la feria un buen labriego una tarde con un asno que acababa de comprar, hermoso y grande, cuando se halló en su camino con un grupo de estudiantes, que hasta muy cerca del pueblo vinieron acompañándole. ¡Qué gente tan divertida, y qué instruída, y qué amable! De cuántas cosas curiosas habían venido hablándole. Así que se quedó solo, como al hombre le extrañase que los pasos del borrico sonaran menos que antes, volvió la cabeza, y ¡cielos!, qué cosa más admirable, en vez del asno vió á un joven de tristísimo semblante, con los arreos del asno, que le seguía, mirándole. —¿Que es esto?—gritó el labriego. ¿Y mi burro?

—No se enfade vuesa merced—dijo el joven— que aquí le tiene delante. Por males de mis pecados y por endiabladas artes, un brujo me trocó en asno hace tres años cabales. ¡Qué de angustias pasé en ellos

qué de palos, qué de hambres! Una vez que rebuznaba afligido mis pesares, escuché la voz de un hada que decía:—No te canses, que seguirás siendo burro hasta que te compre y pague el labrador más honrado de todos estos lugares. Fortuna muy grande ha sido que tal hombre me comprase, porque á los pocos momentos volví á ser hombre como antes. El labriego, enternecido ante aquel caso tan grande, quitó al joven los arreos, que huyó libre como el aire. Y se unió á sus compañeros donde estaban aguardándole, con el precio en que vendieron el burro robado, á escape. Volvió el labriego á la feria, y como allí se encontrase con el mismísimo burro del suceso memorable, pasó de largo, diciéndole muy convencido y muy grave: —Aquel que no te conozca que te compre, no el que sabe que unos ratos eres burro y otros ratos estudiante.

CH.



LA SALAMANQUESA

Hallándose los niños de la escuela en el patio de recreo, hubo de ver uno de ellos, llamado Pablo, que una salamanesca estaba tomando el sol plácidamente adormecida en medio de una vieja pared. Quieto el corto y rechoncho cuerpo, entornada la boca y casi cerrados los grandes ojos, dijérase que el humilde reptil estaba muerto á no ser por el concertado palpitar del amarillento vientre. Pablo acudió á derribarla y, conseguido su objeto sin que la salamanesca se moviera mucho, pues la luz solar la entontecía, como sucede á todos los animales nocturnos, llamó á sus camaradas, y éste tirándole una piedra, aquél un pedazo de yeso, y todos gritando como energúmenos, bien pronto hicieron del pardo reptil una misera y sanguinolenta piltrafa. A las voces acudió D. Lucas, el maestro, y enterado de lo ocurrido llamó á Pablo y le dijo que por qué había dado muerte al pobre bicho, á lo que contestó el rapaz que por haber oído en su casa que la salamanesca es venenosa como la víbora, que caída en una fuente convierte las aguas en ponzoña, que su simple contacto produce... muerte y que el mirar de sus grandes ojos malogra todos los objetos.

Callóse el maestro y no le preguntó más; pero cuando concluyó el recreo, se volvieron á reanudar las tareas escolares, mandó á Pablo que subiera á la plataforma, y le dijo con muy notable severidad:

—Acaban de decirme de tí cosas muy malas. Me han asegurado que

allá, en los tiempos de la vendimia, te metes en los majuelos para robar uvas, y que en la primavera, con tal de coger un grillo, eres capaz de estropear medio sembrado. También me han dicho que apedreas los frutales y que te distraes en la iglesia, y que no respetas á tus padres todo lo que deberas...

—Eso no es verdad. Es que me quieren mal...—interrumpió Pablo angustiado.

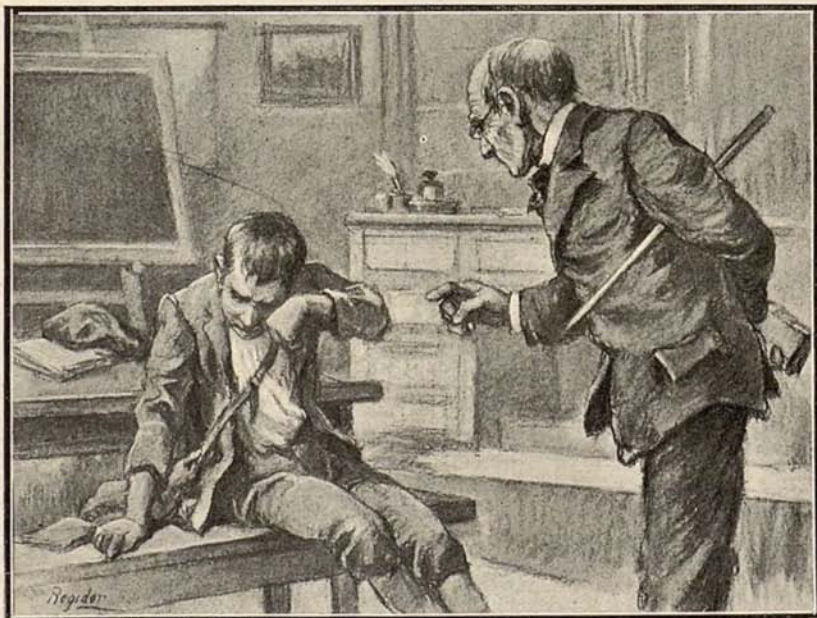
—Por estas hazañas—continuó D. Lucas sin hacer caso—hoy te quedarás sin comer, para que te enmiendes...

Cuando el pobre rapaz vió que se marchaban sus compañeros y que él se quedaba condenado á ayuno forzoso, se arrojó á los pies de don Lucas, y sollozando, exclamó:

—¡Ay, señor maestro! No me castigue usted por lo que no hice...

Entonces, el dómine se paró ante él, y le dijo:

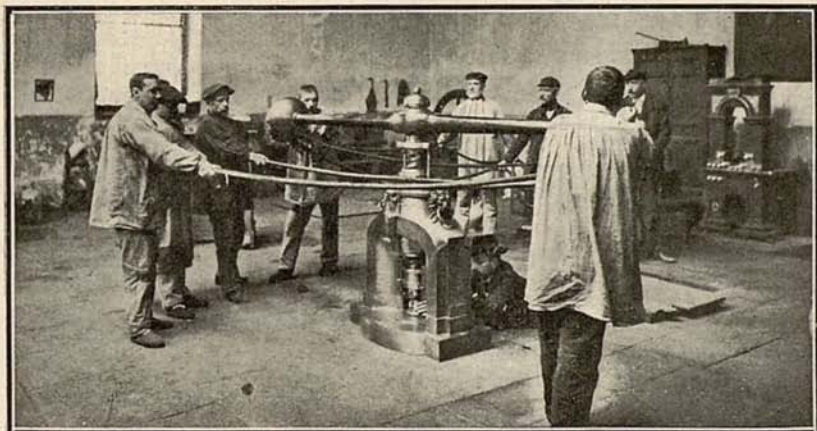
—Por cosas que no hace, has castigado tú á la pobre salamanquesa.



Ella que sólo se cuida de limpiar las casas de moscas, mosquitos y arañas, se ve acusada de innumerables atrocidades que paga con la vida. Nadie la ha visto cometerlas, pero se dice... y basta. La calumnia, lanzada sobre este mísero reptil, le condena á la muerte; lanzada sobre una persona, le condena al desprestigio. ¿Qué mucho que á ti te scondene un día á no comer...? Así aprenderás...

A pesar de estas palabras, D. Lucas, que era un bendito señor, le dejó marcharse á los pocos momentos...

José A. LIENGO.



EL APARATO DE TROQUELAR

CÓMO SE FABRICA EL DINERO

La moneda, según los economistas, es un instrumento que sirve de medida en los cambios, y que por sí mismo es un equivalente. Las condiciones de la moneda deben ser su inalterabilidad, su homogeneidad, su infinita divisibilidad y la representación de un gran valor en un pequeño volumen.

Únicamente el oro y la plata reúnen todas estas cualidades, por lo cual se emplean universalmente como moneda. El bronce, aleación de cobre, estaño y cinc, y el níquel, empleado en algunos países, no se admiten en la circulación monetaria sino como signo representativo, y tienen un valor aparente muy superior á su valor real.

Vamos á dar á nuestros jóvenes lectores una ligera idea de cómo se fabrican las monedas de oro.

Lo primero que se necesita para ello es el cuño ó molde llamado troquel.

Se hace un modelo en relieve con las figuras que han de grabarse en el cuño matriz, y por dicho modelo se obtiene otro fundido, el cual se reduce hasta obtener la reproducción de un trozo de acero, según el *módulo* ó tamaño que ha de tener la moneda. En este bloque de acero especial, muy *dulce* y muy denso, el grabador hace el retoque á buril, y después de templado, sirve de *punzón*. En nuestro primer grabado aparece el aparato que se utiliza para troquelar. Ocho hombres manejan la palanca que figura en la parte superior, y el grabador, colocado á un nivel inferior del pavimento, para observar de cerca la operación, dirige los movimientos de los obreros.

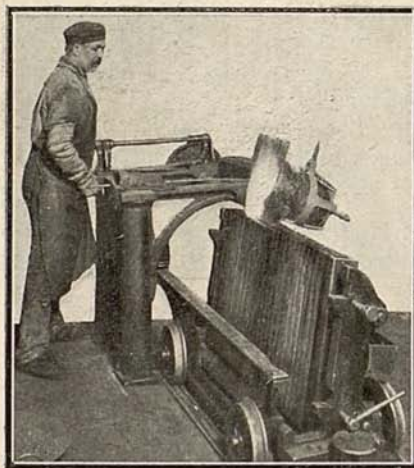
El oro líquido fundido en crisoles refractarios, calentados al rojo, se vierte en los *rieladores* para formar las barras ó rieleles. Son éstos de unos 60 centímetros de longitud, de un ancho que excede en

unos dos milímetros al tamaño que haya de tener la moneda, y de un grueso equivalente á cuatro ó seis de estas monedas sobrepuestas. De cada *crisolada* se llevan muestras al *ensaye*, operación sumamente importante para fijar la *ley* del metal, pues éste no se emplea puro,

sino en combinación con otros, y hay que reconocer á menudo para que siempre sea igual. Antes se hacían estas aleaciones de oro, plata y cobre, pero hoy se prescinde de la plata, y únicamente se mezclan el oro y el cobre.

Los rieles ó barras de oro pasan al *laminado* y al *recocido*. Pasa el metal entre cilindros de acero que los aplanan, y luego al corte de las barras laminadas en *cospeles*, que son los discos que han de convertirse en monedas después de su acuñación.

Viene después una operación delicadísima: el peso, que se hace con unas balanzas automáticas de una precisión admirable. Las que

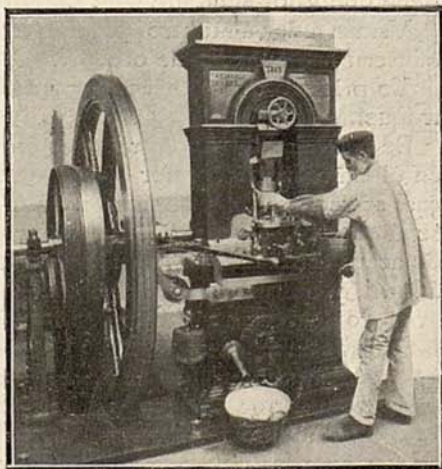


VERTIENDO EN EL RIELADOR UN CRISOL DE ORO FUNDIDO

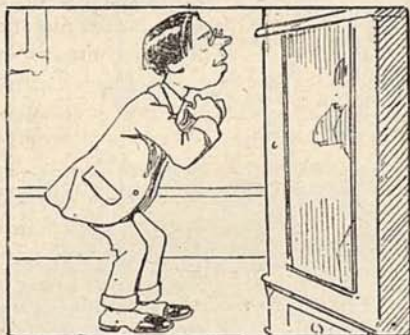
tienen defecto ó exceso de peso, pasan á nueva fundición, y las exactas están en disposición de acuñarse.

Antiguamente se practicaba la acuñación por el sistema de volante, que algunas naciones, y entre ellas Inglaterra, conservan todavía; pero desde 1846, se ha adoptado en casi todos los países la maquinaria de vapor inventada por Ulshorn, perfeccionada por Thonnelier. El disco de oro recibe dos golpes simultáneos: uno de arriba abajo y otro de abajo arriba que imprimen el anverso y el reverso de la moneda, y una virola partida, de un mecanismo ingenioso, graba los cantos.

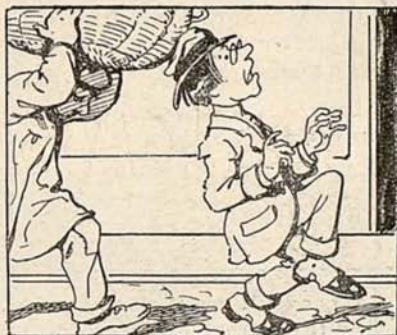
El disco, que por las manipulaciones anteriores tiene un color sucio que no parece oro, al recibir el golpe del troquel se convierte en limpio y brillante.



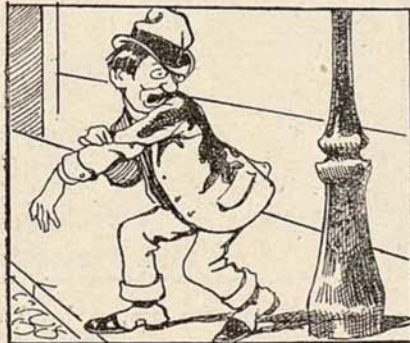
LA ACUÑACIÓN DE LA MONEDA



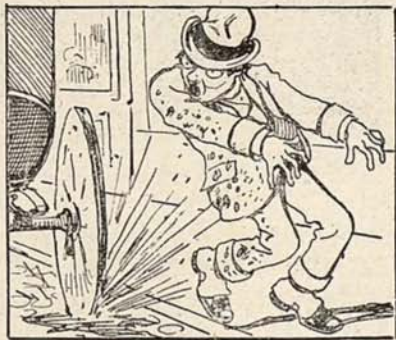
Juanito, joven miope, decidido á vencer su timidez y declararse á la viudita de enfrente, se pone de punta en blanco.



A poco de salir de casa, un panadero le da con el cesto dejándole el sombrero hecho un acordeón.



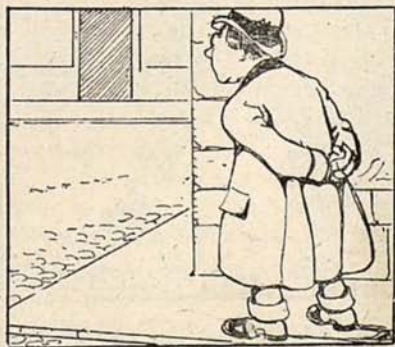
Esperando verla salir, se estriba en un farol recién pintado, poniéndose hecha un asco su americana nueva.



Por si era poco, pasa un coche y le pone perdido de barro el lado que aún quedaba limpio.



Para no tenerla que hablar en tan lastimoso estado, se compra un abrigo en un bazar de ropas



Vuelve á colocarse en la esquina esperando á que ella salga, para expresarle su amor



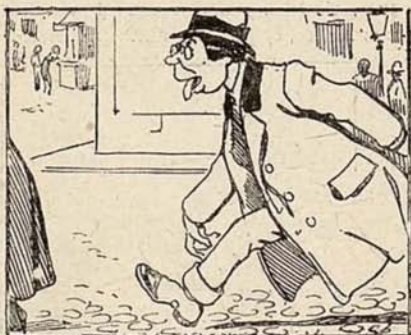
A poco sale una dama del portal, ¡ella es!, y se lanza detrás, pensando la primer galantería que le dirá.



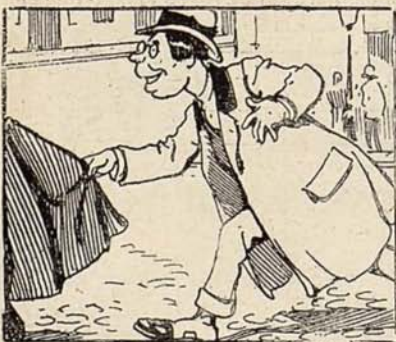
Cuando ya estaba casi á su lado, un importuno le detiene para pedirle lumbre.



Al separarse del fumador impertinente, y como ya está obscureciendo, no ve Juanito por donde va la dama.



Tras una carrera loca, ve por fin una falda oscura y un airoso continente, ¡ella es!



—¡Adorado serafín! ¿quiere usted oírme dos palabras sólo dos palabras?



—¡Cielos! no es la dama de mis amores, ¡es la autoridad!